

Un difícil equilibrio: desarrollo rural y sostenibilidad social

Luis Camarero

DEPARTAMENTO DE TEORÍA, METODOLOGÍA Y CAMBIO SOCIAL. UNED

Recientemente en el seno del debate sobre el desarrollo se ha venido incorporando la cuestión de la sostenibilidad. La sostenibilidad como idea tiene su origen en la incorporación de la perspectiva ecológica al crecimiento económico. La consideración de los costes ambientales a la actividad económica nos ha hecho entender el desarrollo de otra forma y buscar la conciliación entre progreso y deterioro ambiental, e incluso modificar el viejo axioma de que el progreso produce necesariamente bienestar. Pero fundamentalmente la comprensión de los límites ambientales del desarrollo nos ha llevado a reflexionar sobre el tiempo, sobre la consideración de la durabilidad, la permanencia y los efectos a largo plazo de las políticas de desarrollo. Sostenible en definitiva quiere decir que las acciones de corrección de los desequilibrios no producen otros desequilibrios.

En concreto en las áreas rurales, dentro de la idea de persecución de la sostenibilidad económica como soporte de la sostenibilidad ambiental se han venido desarrollado las propuestas conocidas de desarrollo integrado y especialmente de desarrollo endógeno, propuestas que buscan armonizar sobre un territorio las actividades económicas con la explotación de los recursos. Sin embargo, lo que aquí nos preocupa es en qué medida el desarrollo ambientalmente sostenible y en qué medida el desarrollo económicamente sostenible permiten que las áreas rurales sean socialmente sostenibles. Es decir, cómo se predica la propia sostenibilidad de las poblaciones rurales.

En Europa, por ejemplo, resulta patente que después de más de un cuarto de siglo de políticas activas de desarrollo rural, aunque las condiciones de vida y los niveles de renta de las áreas rurales han mejorado considerablemente, las áreas rurales siguen estando caracterizadas por buena parte de los problemas que sirvieron de

diagnóstico para el impulso de dichas políticas. En lo que sigue vamos a plantear la cuestión en otros términos. En el enfoque, en términos sociológicos, con el que se ha concebido el desarrollo. Un desarrollo que se ha definido económicamente, un desarrollo que ha incorporado la cuestión medioambiental, pero un desarrollo que tal vez no ha sabido comprender que las poblaciones rurales no son únicamente población económicamente activa, sino también sujetos.

En este sentido si revisamos de forma genérica las acciones de desarrollo podemos señalar que, por una parte, el desarrollo como proyecto colectivo impulsado política e institucionalmente, olvida al sujeto, y por otra parte el desarrollo, aunque pretende reducir las desigualdades sociales, lo hace sin preocuparse de las desigualdades domésticas.

¿Por qué evita al sujeto? En el desarrollo el sujeto cumple una misión pre-fijada. Un plan armónico de desarrollo endógeno sugiere e impone unas actividades propias sobre la localidad. El ajuste entre actividades “adecuadas” —aquellas que desde ámbitos muy diversos se exigen a ese territorio como las óptimas— y población puede, en algunos casos, anular al sujeto. La trayectoria profesional, familiar o vital de los habitantes llega a estar fuertemente condicionada por los proyectos locales. ¿Qué sucede cuando queremos hacer otra cosa? ¿Qué sucede cuando un joven no quiere ser joven agricultor? ¿Qué sucede cuando una joven no quiere trabajar en una explotación familiar de agroturismo? Y podríamos también preguntarnos, ¿por qué, este problema no es, también, un problema de los habitantes urbanos?

¿Por qué el desarrollo no elimina las desigualdades domésticas? La respuesta aquí es sencilla, porque no las tiene en cuenta, ni en su diagnóstico ni en su propósito. El desarrollo se piensa desde la producción. La ecuación del desarrollo puede expresarse de una forma simple: mejorando las condiciones de producción se mejora la calidad de vida de los distintos grupos sociales. Ello es generalmente cierto, el aumento global de la riqueza en áreas pequeñas permite una mejora sustantiva de las condiciones de vida, aunque no necesariamente evita las desigualdades entre los grupos sociales¹. Sin embargo no altera las condiciones de organización doméstica.

No olvidemos la importancia que los negocios, explotaciones y actividades de carácter familiar tienen en la subsistencia de las poblaciones rurales. Sampedro en su conocido trabajo “Las mujeres ante el reto de la desagrarización”² mostró precisamente cómo el proceso de modernización de una agricultura campesina a una agricultura familiar dirigida al mercado produjo una elevada masculinización rural, precisamente porque el patriarcado campesino se proyectaba en las unidades productivas modernas (denominadas Explotaciones Familiares Agrarias, EFA), es decir

1. Por ejemplo en América Latina durante los últimos años, la productividad agraria ha crecido a ritmos muy elevados, de la misma forma en que la pobreza en las áreas rurales ha crecido. Véase al respecto el número 218 de la *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, número monográfico titulado “Crecimiento agrícola y persistencia de la pobreza rural en América Latina”.

2. Sampedro, M.R. (1996): *Género y ruralidad. Las mujeres ante el reto de la desagrarización*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales/Instituto de la Mujer.

la modernización agraria se producía sin variar un ápice las condiciones de desigualdad doméstica.

Estas reflexiones llevan a pensar en otro tipo de sostenibilidad, la sostenibilidad social. Y el medio rural se convierte en el escenario privilegiado para esta reflexión. Muchas de las zonas rurales no tendrían mayor problema para desarrollar proyectos de desarrollo sostenible tanto ambientalmente como económicamente en una escala local. Sin embargo, en la mayoría de las zonas, a pesar de ese potencial, observamos que los jóvenes siguen saliendo de las áreas rurales. ¿Y por qué lo hacen? Lo hacen porque el paisaje social resulta en ciertamente medida “hostil”. Es más cuando, se les pregunta a los jóvenes, éstos dicen que no lo harían, pero finalmente lo suelen hacer³.

La sostenibilidad social se basa en conciliar las “subjetividades” con los proyectos colectivos. La sostenibilidad social incide en la creación y fortalecimiento de las condiciones materiales y subjetivas que permitan una calidad de vida aceptable para la mayoría de los residentes en los territorios rurales, con la construcción de escenarios atractivos y socialmente bien valorizados.

En este sentido hemos buscado, en una reciente investigación⁴ sobre la población rural de España, situar el conocimiento en torno a la sostenibilidad social y desprendernos en la medida de lo posible del desarrollo rural. Así hemos observado tres grandes fuentes de desequilibrio: desequilibrios demográficos, desigualdades de género y diferencias en el acceso a la movilidad. Tres aspectos, que como veremos están muy relacionados, y componen el paisaje social en el que están insertos los habitantes rurales. Con el término paisaje social nos referimos al marco, al entorno en el sentido de la teoría de sistemas de Luhmann, hacia el que los sujetos y familias dirigen sus acciones y estrategias⁵. Por ello hemos puesto el acento de la investigación en aspectos centrados en la cotidianeidad, no en el papel como agentes económicos de las poblaciones rurales, sino en la gestión y combinación diaria y cotidiana que realizan entre actividades productivas y reproductivas.

El paisaje social de las áreas rurales españolas tiene varias características fundamentales: está altamente envejecido, fuertemente masculinizado y sus mercados laborales son fundamentalmente extralocales, es decir, las actividades que desarrollan los habitantes rurales están, en una alta proporción, fuera de la localidad donde residen.

El envejecimiento, en torno a la quinta parte de los habitantes rurales superan los 70 años, y en muchas zonas esas cifras superan la tercera parte, es producto del

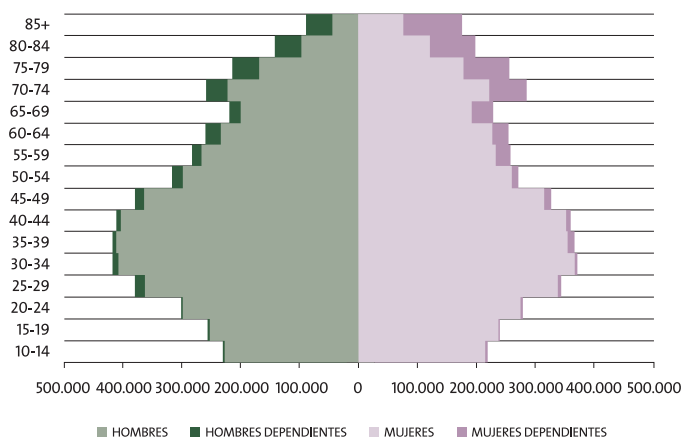
3. Sampedro, M.R. (2009): «Cómo ser moderna y de pueblo a la vez: los discursos del arraigo y del desarraigo en las jóvenes rurales». *Revista de Estudios de Juventud*, nº 83, pp. 179-193.

4. Camarero, L. (Coord.) (2009): *La población rural en España. De los desequilibrios a la sostenibilidad social*. Barcelona, La Caixa.

5. Una discusión sobre el concepto de paisaje social puede consultarse en: Oliva, J. y Camarero, L. (2002): *Paisajes sociales y metáforas del lugar. Una exploración de la ruralidad itinerante en Navarra*. Pamplona, Universidad Pública de Navarra.

intenso éxodo rural. Pero además el análisis ha mostrado que, por el proceso de vaciamiento generacionalmente selectivo, buena parte de la población rural se concentra hoy en la generación que cuenta entre 30-50 años. Son los hijos de quienes no emigraron, que se encuentran en una posición en la que las generaciones inmediatamente superiores son pequeñas y en el que las generaciones inmediatamente inferiores son reducidas (Gráfico 1). A este grupo los hemos denominado generación soporte. Con este nombre hemos querido reflejar que no sólo son los protagonistas de la actividad económica rural, sino que además se dedican a la crianza de los pequeños y también al cuidado del elevado número de mayores que existen, e incluso, por el escaso peso de otras generaciones jóvenes, también sobre ellos recae la dinamización de la vida local. Es decir, sobre esta generación el paisaje social produce una importante presión en actividades económicas pero también reproductivas. Por ejemplo en el siguiente gráfico puede observarse la importancia de la “generación soporte” en la población rural y también el peso que la población dependiente tiene⁶.

GRÁFICO 1. Incidencia de la población dependiente en la estructura demográfica rural.



Fuente: Estimación a partir del padrón municipal de 2007 y encuesta sobre discapacidades, deficiencias y estado de salud (EDDES) 1999. INE. Elaboración propia.

6. En total se ha estimado que más de 750.000 habitantes rurales pueden considerarse como altamente dependientes. Es decir son personas que no pueden salir por sí mismos de su domicilio y/o cuidarse por sí mismos.

Se trata además de una generación fuertemente masculinizada, es decir hay bastantes menos mujeres que hombres (tabla 1), y son menos las mujeres porque han protagonizado con mayor intensidad el éxodo rural. Intervienen aquí las desigualdades de género. No es que en este sentido las sociedades rurales sean más desiguales, no es cierto que el patriarcado sea una característica rural, es también urbana. Lo que es cierto es que las desigualdades de género se hacen más intensas en las áreas rurales. Son más intensas por la mayor dispersión de la población, que exige un mayor esfuerzo de movilidad, y por la menor presencia de servicios, dada la menor densidad poblacional, que complejiza la gestión de la atención a los otros. Hay más a quienes cuidar y menos recursos externos a la familia para ello. Pero, además, el desarrollo profesional de las mujeres resulta más complejo y el control social es más incisivo.

TABLA 1. Relación de masculinidad en la generación soporte.

TAMAÑO DE MUNICIPIO	MUJERES POR 100 HOMBRES (30-49 AÑOS)
Menos de 2.000	80,1
De 2.000 a 5.000	89,0
De 5.000 a 10.000	92,0
De 10.000 a 30.000	93,9
De 30.000 a 50.000	95,6
De 50.000 a 100.000	98,0
Mayor de 100.000	100,1
Total	95,6

Fuente: Padrón municipal 2007. Elaboración propia.

Llegamos, analizando esta última cuestión, al tercer pilar que constituía el paisaje social de la ruralidad española, la movilidad. Los mercados de trabajo en áreas rurales son restringidos. El trabajo en la mayoría de los casos se encuentra fuera de la localidad, y es especialmente más cierto cuando hablamos de trabajo cualificado. El desarrollo de una actividad y la promoción profesional exigen por lo general en el caso de los habitantes rurales la práctica del “commuting” diario. Si se pierden, o se dificultan las posibilidades de movilidad, se condicionan así las trayectorias laborales y vitales. En este sentido, la adscripción de género que convierte a las mujeres en las principales gestoras del cuidado de los otros, reduce las oportunidades de movilidad y de esta forma imposibilita el acceso a mercados de trabajo extralocales.

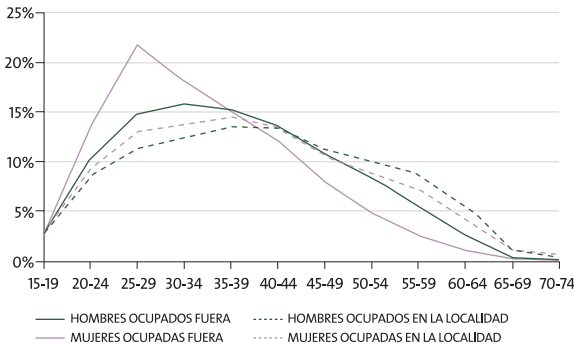
TABLA 2. Porcentaje de ocupados de más de 16 años que trabajan en otro o en varios municipios distintos al de residencia.

TAMAÑO DE MUNICIPIO DE RESIDENCIA	TOTAL OCUPADOS QUE TRABAJAN EN OTRO MUNICIPIO	HOMBRES QUE TRABAJAN EN OTRO MUNICIPIO	MUJERES QUE TRABAJAN EN OTRO MUNICIPIO	JÓVENES < 35 AÑOS QUE TRABAJAN EN OTRO MUNICIPIO
Menos de 101 hab.	55,5	51,6	66,5	71,0
De 101 a 500 hab.	53,4	51,7	57,5	66,8
De 501 a 1.000 hab.	52,2	52,7	51,1	63,4
De 1.001 a 2.000 hab.	50,6	52,2	47,3	58,9
De 2.001 a 5.000 hab.	48,0	50,6	42,9	54,3
De 5.001 a 10.000 hab.	45,8	48,6	40,7	49,8
De 10.001 a 20.000 hab.	44,9	48,1	39,2	47,8
De 20.001 a 50.000 hab.	44,2	47,3	39,0	46,5
De 50.001 a 100.000 hab.	41,7	45,7	35,3	44,0
De 100.001 a 500.000 hab.	31,7	35,9	25,3	35,4
Más de 500.000 hab.	19,8	24,0	14,3	21,2
Total	37,6	41,5	31,3	41,2

Fuente: Censo de población 2001. Elaboración propia.

Los mercados de trabajo locales se caracterizan por la precariedad, estacionalidad o bien por el desarrollo de las actividades en régimen familiar. Las empresas familiares condicionan de forma muy diferente la vida de hombres y de mujeres. Para ellas, en la medida en que producción y reproducción se confunden, en la medida en que no se separan claramente los ámbitos doméstico y laboral, se produce una fuerte dependencia y como sujetos les conduce a una situación de menor capacidad para realizar un desarrollo vital autónomo respecto a los hombres.

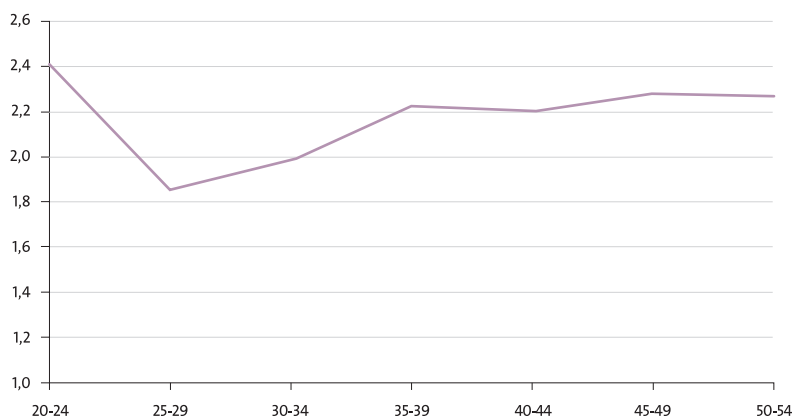
GRÁFICO 2. Estructura de edades de los ocupados fuera y en el municipio de residencia (residentes rurales)



Fuente: censo de población 2001. Elaboración propia.

Observemos este efecto en el gráfico anterior. El trabajo fuera de la localidad de las mujeres resulta comparativamente muy elevada respecto a los hombres hasta los 29 años. A partir de entonces se produce una caída importante. La crianza de los pequeños ha reducido sus oportunidades de movilidad. Parte de ellas salen tempranamente del mercado de trabajo y parte de ellas se encuadran en actividades familiares o de ámbito local. Pero no sólo varían los lugares de trabajo, varían las condiciones de trabajo, y especialmente el tipo de trabajo. Obsérvese por ejemplo la relación entre aumento de la precariedad laboral (gráfico 3)⁷ de forma paralela a la pérdida de movilidad (gráfico 2).

GRÁFICO 3. Índice de precariedad por edad.



Fuente: EMR-2004⁸.

Los desequilibrios referidos anteriormente suponen no sólo un lastre difícil para las trayectorias vitales de las mujeres, también lo son para los hombres. Envejecimiento y masculinización conforman unas estructuras familiares muy diferentes. Por ejemplo podemos observar en la tabla siguiente que la mitad de los hombres de 30 a 49 años no tienen pareja, y comparativamente respecto a las mujeres quienes tienen hijos son un grupo significativamente menor.

7. Un análisis más detallado de la relación entre movilidad y trayectoria laboral puede consultarse en Camarero L. et al. (2006): *El trabajo desvelado. Trayectorias ocupacionales de las mujeres rurales en España*. Madrid, Instituto de la Mujer. El índice de precariedad que aparece en el cuadro 3 tiene en cuenta el grado de cotización a la seguridad social y el tipo de jornada laboral. Oscila desde 1, mínima precariedad jornada completa y cotización absoluta por el tiempo trabajado, hasta 3, trabaja por horas sin cotización de ningún tipo.

8. EMR: Encuesta Mujer Rural. Para detalles de la encuesta véase el texto citado en la nota 7.

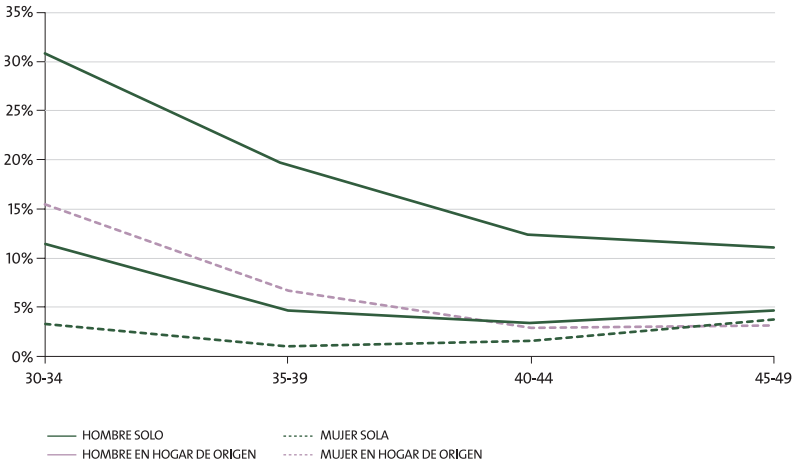
TABLA 3. Porcentaje de personas de la generación soporte con pareja o con hijos, por sexo.

	HOMBRE	MUJER
Pareja	51,6	76,8
Hijos	45,4	70,2

Fuente: EPR-2008⁹.

Visto de otra forma podemos observar que con 30 años los hombres rurales siguen viviendo en el domicilio paterno, casi uno de cada tres, cifra que supera a las de las mujeres (gráfico 4). En definitiva es fácil comprender cómo mientras las mujeres en el medio rural sacrifican sus trayectorias laborales y profesionales, en el caso de los hombres se sacrifican sus expectativas de formación familiar. En definitiva pierden todos y todas. La lección que podemos aprender es sencilla: el medio rural no es sostenible socialmente.

GRÁFICO 4. Personas de la generación soporte por edad, sexo y tipo de familia (sólo y en hogar de origen)



Fuente: EPR-2008.

9. EPR: Encuesta Población Rural. Para detalles sobre la encuesta véase la publicación citada en la nota 4.

Observamos así la gran importancia que tiene la vida doméstica en el desarrollo rural. Si además de pensar en sujetos económicos pensamos en sujetos en su extensión vital encontramos otros detalles importantes que hacen difícil un desarrollo social. No hay duda de que un paisaje social, altamente envejecido, fuertemente masculinizado, y en el que la conquista de la movilidad es esencial, no resulta atractivo para las generaciones jóvenes. Pero vemos también que no por potenciar un desarrollo económico podemos también actuar contra los factores que producen dicha situación.

En lo que respecta al caso de España, principalmente la reducción de las desigualdades en la movilidad puede constituir la principal herramienta para conseguir revertir la situación. No se trata de hacer mejores vías de comunicación, sino de actuar sobre las barreras que convierten necesariamente en inmóviles a ciertos grupos sociales y ello supone actuar de forma más intensa sobre ciertos aspectos como son el fortalecimiento de las políticas sociales que afronten la atención a la dependencia, el cuidado de los menores y la conciliación de la vida laboral y familiar teniendo en cuenta las demandas de movilidad de la generación soporte. Sin olvidar la insistencia de políticas que incidan en una relación más igualitaria entre hombres y mujeres.

Estas son algunas de las conclusiones a las que nos ha llevado el estudio, pero quizás la más importante de todas sea el convencimiento de variar nuestra lógica de plantear los problemas, si y sólo si pensamos en un desarrollo socialmente sostenible, podremos pensar en un desarrollo económicamente sostenible, y tal vez de esa forma incluso podamos abordar la sostenibilidad ambiental. El edificio del desarrollo lo hemos comenzado al revés, como en el *Mundo Feliz* de Huxley, hemos pensado en un lugar perfecto, tan perfecto, que por ello mismo no podían ser humanos quienes lo habitaran. Y aquí reside el peligro, en que muchas de las propuestas de desarrollo que se diseñan, no son conscientes de lo que piden, la renuncia del sujeto, renuncia no por la colectividad, sino por el simple crecimiento económico. En ese punto es donde nos tenemos que situar y en esa línea. Antes de realizar propuestas concretas tal vez sea bueno comenzar preguntándonos: por qué pedimos un mayor esfuerzo vital a las poblaciones rurales que a las urbanas.